

Querido Diario:

Marcela Guijosa

*Para Martita*

**E**l jueves llegué un poco antes al Centro y me puse a platicar con Martita mientras daba la hora de mi taller. Esa Martita es algo serio. Cuando la acabas de conocer crees que es una persona muy fría, muy dura. Hasta te da un poco de miedo.

Claro que el lugar que tiene que ocupar en el Centro no es fácil. Es secretaria, guardiana, recepcionista, telefonista y mecanógrafa; cobradora, pagadora y factótum. Da informes, recibe quejas; es contadora y administradora; sabe todo lo que está pasando en el centro: quién entró, quién salió, qué clase hay en cada salón, qué alumnos tienen adeudos de colegiaturas, y de qué humor estamos cada uno de los maestros. Y lo que es más impresionante es que es absolutamente eficaz.

A veces es seca y cortante. Pero cuando la has visto trabajar durante dos años te percatas de que no le queda de otra: si tú estuvieras en ese lugar ya te hubieras vuelto loca o ya hubieras matado a varios, además de que seguramente hubieras hecho todo mal.

Cuando la conoces más, te encuentras a una mujer cariñosa, lista, generosa. Te encuentras a una amiga. Yo a veces busco el chance de platicar con ella. Me traigo mi café y mi cenicero cerca de su escritorio. Como ese día, que nos pusimos a criticar el horario de verano: no nos gustaba a ninguna de las dos. Ella acostumbra levantarse como a las 5:30 -que ahorita vienen siendo las 4:30- porque no le gusta andar con prisas. (Aquí, yo me ponía de pie y me quitaba el sombrero. Yo nunca de los nunca me he levantado tan temprano, ni cuando era ejecutiva).

C. Silva C.  
1892

Martita es soltera, sin hijos. Es una mujer más o menos de mi edad -aunque se ve más joven que yo-, guapetona, buen cuerpo, de buen ver. Y, como me platicó ese día, ella se levanta tan temprano para que le dé tiempo de hacer su cama, de prender el bóiler, de hacerse su desayuno y desayunar, de bañarse y arreglarse con calma.

Luego toma el metro a las siete y pico de la mañana y hace su cotidiana travesía de Tlatelolco a Zapata.

Me estuvo contando de sus viajes en metro. Me encantaron sus observaciones. Primera cosa: las mujeres huelen rico. Todas bañadas, muchas de pelo mojado, olorosas a limpio o a perfumito. En cambio, el conjunto de varones es otra cosa. Será que los hombres tienen el humor fuerte -como decía mi suegra- o será que ellos no se bañan diario. El caso es que los otros vagones, los masculinos, exhalan un tufazo sudoroso y bastante desagradable.

Y luego las escenas que ella ve todos los días; muchachas muy arregladas, pero con sus tubos en la cabeza. Algunas sólo en el fleco. Esas se lo quitan hasta que llegan a su destino, porque se apean del vagón con todo y su tubo en la frente.

Sin embargo, hay otras muchas, muchísimas, que se arreglan en el metro. Se suben de carita lavada y si se pueden sentar, pues perfecto. Pero si no, no importa: heroicas, se plantan con sus dos pies, se sostienen gracias a los cuerpos apretujados que las rodean y, haciendo equilibrios milagrosos, sacan su espejito. Con mucho cuidado, y sin poder mover mucho los brazos, sacan una bolsita de la otra bolsita que traen colgada del hombro, y van apareciendo los cosméticos. Y llevan a cabo todo el ritual: desde la untada de crema o maquillaje, la cucharita enchinadora de pestañas -que a veces es tapita del mentolátum-, las sombras de varios colores, el delineador aplicado con toda pericia al vuelo, con una sola mano, hasta llegar al final con rímel, rubor y bilé. Pelan los ojos, hacen gestos, abren la boca, estiran los labios. Algunas también sacan los tacones de otra bolsita, se cambian, guardan las chanclas, y ya se bajan del metro luciendo una excelente presentación para poder trabajar.

Dice Martita que muchas veces reconoce a las gentes. Ya se sabe sus rutinas, porque muchas personas toman el metro a la misma hora. Como esas hermanas, que se suben por Guerrero, y que son una gorda y una flaca, comparten los mismos cosméticos.

Cuando una acaba con la cuchara, se la pasa a la otra. Y así la sombra y el rímel y todo lo demás.

Hay una señora también que se sube con sus tres niñas, la mayorcita como de once años, greñudas ellas. Y, también en equilibrio y apretada, logra ir las peinando a todas, antes de llegar a la escuela. Primero las desenreda muy bien una por una. Luego saca un frasquito con jugo de limón, moja el peine, y las deja preciosas, una con sus trenzas, otras con sus coletitas, restiradas, impecables. Las niñas regañan a su madre: ay mamá, no me jales. Ay mamá, apúrate, ya otra vez se te hizo tarde.

Y así sucesivamente. Yo me acordé de cuando iba a la prepa, después de dejar a mis niños en la escuela, y claro que me pintaba en el coche, con ayuda del espejo retrovisor. Tenía perfectamente calculados algunos embotellamientos larguísimos, algunos semáforos conflictivos, y sabía que en esta esquina es el lápiz y en esta otra el rímel.

Cómo me gustó esta plática con Martita. Qué heroica la veo, trabajando tanto desde las cinco y media de la mañana. Y a todas las otras, que hasta en el metro trabajan. Porque verse "bellas" también es un trabajo que se les exige a las mujeres.

Y todas ellas me conmueven y me provocan tanto cariño y admiración. Pero, también, cómo me da coraje.

Me pregunto cuándo demonios la excelente presentación podrá coincidir con un pelo limpio, una cara lavada, una ropa cómoda y barata, unos zapatos que sirvan para trabajar y para viajar en metro y no para gangrenarnos los pies.

Cuándo podrán dormir o desacansar un poquito más las mujeres, en lugar de por obligación pasarse largas horas secándose el pelo con la pistola y haciéndose chinos o crepés, depilándose cejas o bigotes, untándose y desuntándose potingues, cremas y polvos, pintándose y despintándose las uñas.

Cuándo saldremos de la esclavitud de sentir que no estamos lo suficientemente aceptables, cuándo llegará ese feliz día en que nos aceptemos al natural, bonitas sin bilé, femeninas sin ropa de moda o sin largas y espesas pestañas.

Pero bueno, querido. Aquí lo dejamos. Me tengo que apurar a hacer de comer y bañarme y arreglarme, porque ya me habló Martita para recordarme que hoy tengo junta temprano y si no no me va a dar tiempo... 